

Omar Astorga\*

*Ciudad archipiélago*

*Resumen*

En este breve trabajo se plantea como objetivo fundamental explorar tres aspectos fundamentales a través de los cuales se intenta un acercamiento al sentido de la ciudad latinoamericana, tomando como referencia a Caracas. Se plantea, en primer lugar, una mirada de corte historiográfico que hace énfasis en la cuestión de la modernidad. En segundo lugar, se consideran algunos ejercicios de autocomprensión que han surgido en torno a la ciudad. En tercer lugar, se plantea el curso que han tomado la ética y la política en la Venezuela contemporánea, a luz de diversos acontecimientos producidos en Caracas. A manera de epílogo se muestra un caso de la vida cotidiana, revelador de las escisiones que producen la política y la ciudad como espectáculo.

*Palabras clave:* modernidad, comprensión, ética, política.

*City archipelago*

*Abstract*

This brief paper has, as its primary goal, to explore three fundamental issues through which we will attempt to approach the sense of a Latin American city by taking Caracas as a reference. We first propose to take a historiographical approach emphasizing on the issue of modernity. Secondly, we consider some self-comprehension exercises that have arisen around the city. Thirdly, we approach the course taken by ethics and politics in contemporary Venezuela, in light of various events in Caracas. As an epilogue, it shows a case of everyday life, revealing of the excisions caused by politics and the city as spectacle.

*Keywords:* Modernity, Comprehension, Ethics, Politics.

---

\*Universidad Central de Venezuela.

Esta nota fue presentada en el Simposio *Iberoamérica: la ciudad y el poder*. Bogotá, 12 y 13 de octubre de 2011

Quiero plantear algunas inquietudes mediante las cuales –debo advertir– no pretendo explorar el sentido de una ciudad fragmentada como Caracas. Solamente quiero poner de relieve tres aspectos que forman a su vez parte del laberinto desde el cual surgen las infinitas formas de aproximarse a una ciudad. Incluso la pregunta sobre el sentido de Caracas forma parte de ese laberinto. Puede ser una pregunta ingenua o más bien muy ambiciosa. Puede ser una interrogante sin sentido, o por el contrario, un motivo desde el cual podemos buscarle un orden a las percepciones y reflexiones que hemos acumulado. Pero no es mi interés discurrir sobre esta cuestión, sino solamente plantear, como dije, algunas inquietudes a través de las cuales hemos dividido esta exposición.

I. La primera es una suerte de mirada historiográfica de Caracas. Si echamos mano de una discusión largamente desarrollada en términos filosóficos, cabría preguntar, por ejemplo, sobre el espesor de nuestra modernidad. Se podría responder rápidamente que somos una suerte de mestizaje histórico tal como el que han mostrado diversas ciudades de un modo elocuente. Baste citar los casos emblemáticos de Beijing o Ciudad de México. Sin embargo, esta respuesta tiene un sentido ahistórico que dice mucho pero que quizás termina diciendo muy poco, tal como sucedió con la narrativa de los pensadores del siglo XIX, atados a la dicotomía civilización o barbarie, o con nuestros intelectuales postmodernos que dejaron a un lado el problema de las etiquetas y de la periodización para arribar a un mundo de mil pareceres. Quizás la inquietud deba reformularse y preguntarse más bien por el rumbo de nuestra historia, tal como lo hacía Mariano Picón Salas en *Comprensión de Venezuela* (1949) cuando se interrogaba en los años cuarenta del siglo pasado por los orígenes de nuestra modernidad, o como lo hizo Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950) cuando se refería a la tensión existente entre la cultura mexicana y la norteamericana.

Conviene recordar que la modernidad está fundada en la libertad y la autonomía asociada a la expansión del capitalismo a partir de la sociedad civil. Por eso creemos que Picón Salas no llegó a dar cuenta cabal del sentido de la ciudad o del país cuando habló de nuestra modernidad como un hecho histórico-político que se inició a finales del gomecismo. Y así, muchos a nuestro juicio parecen haber olvidado que ese período dependió de una contingencia natural (biológica), es decir, la muerte de Gómez. Muchos no vieron que nuestra pretendida modernidad estaba sustentada en el rentismo y en una frágil sociedad civil.

Si lo que digo es cierto, seguimos siendo una ciudad premoderna que se mantiene sobre los mismos cimientos que tenía en el siglo XX, a pesar de los cambios urbanísticos, arquitectónicos, estéticos y políticos que se produjeron desde mediados de ese siglo. Quizás la mejor prueba de ello es el deterioro de las instituciones, así como la condición en extremo vulnerable de nuestra ciudadanía, atada a dos corrientes fundamentales de poder: la que se configura bajo las redes de una economía dominada por un Estado populista. Y la que surge del control absoluto de los poderes públicos. Bastaría observar .que la ciudad no ha logrado formar ciudadanos estables, así como tampoco los ciudadanos han conseguido echar las bases firmes de una ciudad. Quizás entonces no hemos dejado de ser premodernos. Esa sigue siendo probablemente nuestra tendencia como ciudad y como país.

Podría sostenerse que hemos estado incorporando rasgos de la posmodernidad y que la ciudad latinoamericana no escapa a las fuerzas de la globalización, tal como lo ha visto, por ejemplo, Aníbal Quijano. (2001) Ciertamente, esos rasgos existen. Y se expresan como una buena muestra en entramado simbólico de las telecomunicaciones. La presencia de las redes sociales convertidas en parte de nuestra vida diaria, en el trabajo y en la recreación,

en la urbanización de clase media o en los barrios, nos colocan, es verdad, cerca del fenómeno de la globalización junto a las tendencias neocoloniales que suelen atribuírsele a la historia latinoamericana.

Sin embargo, tal como ha sucedido en ciertas ciudades, la posmodernidad no es más que un epifenómeno en deterioro si no encuentra una nueva base histórica de sustentación. Digámoslo así: del siglo XX al siglo XXI, detrás de la Caracas cosmopolita, llena de la riqueza cultural y material proporcionada extrínsecamente por la modernidad, sigue existiendo una base social premoderna que ahora, con el curso de los años, sus habitantes están empezando a sentir descarnadamente. Es parte de lo que ha visto García Canclini en sus estudios sobre el imaginario en la ciudad y la ciudadanía en América Latina. (2004). Creemos entonces que en el caso de Caracas no hay lugar para opciones historiográficas lineales, tal como la que dominó el discurso de nuestros ilustrados historiadores, politólogos y arquitectos de la segunda mitad del siglo XX, herederos de alguna manera de la ilusión independentista de las repúblicas aéreas, de la ciudad de los techos rojos, de la evolución urbanística, tal como lo hizo recientemente Pedro Diaz Seijas (2005) cuando hablaba de la Caracas gentil, o la voz nostálgica de Alfredo Cortina (2002) recordando la ciudad que se nos fue.

Aquí se empalma mi segunda inquietud. Ante la pregunta que nos hacemos sobre el sentido histórico de Caracas, hemos dicho que quizás nos encontramos en una condición premoderna. Pero esta es una respuesta quizás muy abstracta. Quizás la mejor forma de verificar esta respuesta -desde Caracas- no dependa solamente de un estudio académico denso y exhaustivo. Probablemente una fuente descuidada de comprobación en este caso se encuentre en la experiencia de cada uno. Como decían algunos filósofos del siglo XVII, en

especial Hobbes (2006), que cada uno observe en sí mismo las características de la humanidad.

II. Esta es precisamente la segunda inquietud. ¿Cómo se autocomprenden los caraqueños? ¿Llegan realmente a realizar un ejercicio introspectivo y existencial de comprensión? De nuevo queremos recordar a Picón Salas y su conocido libro *Comprensión de Venezuela*. Fue un ejercicio ensayístico muy atractivo desde el punto de vista literario, pero limitado en su alcance hermenéutico, pues no logró descender a las raíces del quehacer venezolano seguramente debido al entusiasmo ético-liberal que predominó a lo largo de su obra.

Entonces, si el camino seguido por Picón Salas es insuficiente, quizás es preferible reivindicar otras experiencias basadas en prácticas menos elaboradas discursivamente pero más cercanas al alma de cada uno. ¿Cuáles son esas prácticas? Las tertulias familiares, las discusiones de cafetín, las fiestas, los velorios, las reuniones políticas, la vida en pareja, el amor en el chat, en las así llamadas redes sociales, en la casa, en la esquina del barrio, en el bar, o en el centro comercial. Es una historia discursiva infinita, testimonio del espesor de nuestra subjetividad, donde se pone en práctica la deliberación, el diálogo, la confrontación, pero también el silencio, el resentimiento, la desconfianza, así como el optimismo y la esperanza, o la desesperación y el pesimismo. Es un terreno complejo pero es el campo más fértil para acercarnos a nuestro proceso de autocomprensión. No se trata del recurso a la trascendencia que sigue acompañando a nuestros intelectuales, sino de la mezcla de la imaginación y pasiones que los estudios de opinión y las políticas públicas no logran recoger. Quizás por ello las historias de vida que ha hecho, por ejemplo, Alejandro Moreno (2008) en los barrios de Caracas indagando sobre el origen de la violencia y la inseguridad, o los ensayos promovidos por algunas instituciones con el fin de explorar la inmanencia de

la cultura urbana, son un camino para dar cuenta del imaginario caraqueño. Las investigaciones de Arturo Almandoz (2004) o Tulio Hernández (2010), representan una exploración prometedora en esa dirección.

Siguiendo algunas reflexiones de Uslar Pietri (1949) formuladas en los años cuarenta, me atrevería a decir que hemos pasado «de una a otra Caracas»: la Caracas que se sintió cosmopolita y epicentro del país, que articuló su modernidad de la mano del petróleo, y la Caracas que sigue siendo eje de atracción para los caraqueños y para el resto del país, pero que se encuentra desorientada, carente precisamente de sentido; una suerte de imán que atrae a unos habitantes que a su vez la rechazan. Bajo esta premisa, la autocomprensión de Caracas se transforma en un laberinto que impide utilizar las mismas categorías incluso en un corto recorrido por la ciudad. Una reconocida historiadora venezolana (Margarita López Maya) hablaba de dos Caracas desde la mirada sociológica que hace énfasis en la pobreza y la opulencia, pero creo que más corresponde hacer valer la imagen de un archipiélago, o de un cuerpo desmembrado, o de un cerebro que dejó de funcionar en forma de red.

Por ello quizás la comprensión de Caracas tenga que ser segmentada y quizás lleguemos a la conclusión de que Caracas ya no existe, pues ha reducido su potencia como producción de subjetividad. No se puede pensar como ciudad sino como conjunto de espacios desencajados, escindidos, distantes, llenos de temor y desconfianza y cruzados por el resentimiento, en suma, imaginarios tan sólo unificados por la figura de un nuevo Leviathan.

III. Desde esta impresión cabe plantear la tercera inquietud, referida al sustrato ético-político que ha venido constituyendo a los caraqueños.

Se podría, en principio, sostener que en la cultura contemporánea –a pesar del normativismo de filósofos, juristas y políticos- se ha venido configurando una visión cada vez más relativista acerca de los valores. Los ejemplos son abundantes. Sin embargo, habría que advertir que el relativismo es la actitud predominante especialmente en las ciudades grandes y complejas. Pero en el caso de Caracas nos encontramos con un escenario quizás más difícil de evaluar. Ya no se trata tan solo de decir que entre un individuo y otro existen diferencias morales o que un mismo individuo modifica sus criterios morales con el devenir de su existencia. En nuestro caso se trata del relativismo que se alimenta, casi como ante infinitos espejos, del quebradizo movimiento de los habitantes de una ciudad. La política, a su vez, se ha convertido en una fuente privilegiada de la moral, y no al revés, como suele creerse. En estos tiempos del chavismo y de agudización de la figura del líder carismático, los juicios de naturaleza política se han convertido en el disparador de las emociones, en el eje modificador de las tradiciones morales, en motivo de nuevas posiciones existenciales y familiares. Claro está, esto viene sucediendo en todo el país, pero Caracas sigue siendo el epicentro. Baste recordar el «Caracazo» de 1989, el intento de golpe de Estado de 1992, la megamarcha y el golpe de Estado de 2002, Miraflores utilizada en los últimos años como «el balcón del pueblo», o la revolución convertida en espectáculo en el teatro Teresa Carreño, tal como lo ha sostenido, Colette Capriles (2004): Caracas, en fin, sobrepolitizada y transformada en el eje de las pasiones y de las formas de deliberar. Todo hace que la moral se encuentre hinchada de política. Aquí el relativismo se mezcla, paradójicamente, con una percepción moral dicotómica. Es una suerte de péndulo entre el radicalismo

político y el archipiélago moral de la vida cotidiana. Dicho de otro modo: la atomización ética y política se convierte en la condición ideal para que emerja el ejercicio absoluto del poder, convertido en fuente de nuevos símbolos e interpretaciones de nuestro pasado.

Por ejemplo, se podría sostener que sigue habiendo una suerte de comodidad explicativa cuando se afirma que el intento de golpe de Estado de febrero de 1992 es consecuencia del Caracazo de 1989. Sin embargo, una simple revisión de esos hechos permite sostener que febrero de 1989 tenía antecedentes que se remontaban a toda la década de los ochenta y quizás una mirada de más largo alcance posibilite remontarse a los años cuarenta del siglo XX. Esto permitiría sostener que el Caracazo no fue un episodio que obedeció solamente a la existencia de políticas públicas deficientes, sino que fue el resultado de un proceso histórico que echaba por tierra el mito de la legitimación de la democracia venezolana y ya ponía en entredicho la modernidad misma de Caracas y del país.

Para decirlo con una vieja expresión de Habermas (1999), y con esto volvemos al inicio de nuestra exposición, Caracas no solo mostraba problemas de legitimación de la política, sino sobre todo, problemas de legitimación de su modernidad. El Caracazo fue una suerte de temblor epistemológico que puso de manifiesto la debilidad de nuestras certezas. El acto casi simultáneo de llenar las calles buscando violenta y desesperadamente alimentos o electrodomésticos era el retrato de fondo que los caraqueños no habían podido percibir. Fue un estallido sin sujetos políticos, sin organización, sin pueblo, sin sociedad civil, como ha venido sucediendo en tiempos recientes. Fue una suerte de sismo en el que se expresaban las pasiones y el cuerpo por encima del sentido común y la reflexión que se le suele pedir a los ciudadanos.

En suma, más allá de las manipulaciones historiográficas y políticas desde las cuales ha sido visto, fue un testimonio de nuestra condición premoderna, de la fragilidad de nuestra autocomprensión, del hiperrelativismo moral y del triunfo, en definitiva, del formalismo y de las máscaras de la política. Aunque más allá de estas conclusiones provisionales, la pregunta por el sentido de Caracas sigue siendo un desafío que pone a prueba la densidad de nuestras miradas.

IV. Para finalizar quiero agregar otra inquietud ante la pregunta por el sentido de la ciudad recordando un episodio de la vida cotidiana donde se juntan y decantan, en un nuevo giro perceptivo, lo antropológico y lo político.

Muchas veces me había encontrado en la salida de la autopista a un mendigo que arrastraba su bolsa al caminar. En esta ocasión me detuve a observar su larga cabellera, enredada, llena del polvo contaminado de Caracas. Una cabellera espesa y sucia pero abundante que acompañaba a un rostro cenizo, de cejas anchas, de barba semipoblada. Un cuerpo delgado, algo robusto más bien, y de andar parejo.

Realmente no sé si es un mendigo. Nunca lo he visto pidiendo. Siempre anda caminando, con la mirada concentrada en el camino, quizás pensando solo en su presente, escéptico, sin falsas esperanzas, quizás psicótico, quizás un cuerpo sabio, sin las presiones históricas de la gran ciudad.

Él no está sometido a las angustias que atormentan a los caraqueños, muchos ya calvos o rapados para esconder su calvicie prematura. Se asemeja más bien a un hombre de montaña que vive en la ciudad. No es el buen salvaje, pero tampoco es el hombre antinatural del cual hablaba Rousseau en su *Discurso sobre la desigualdad entre los*

*hombres*. Lo he visto desde hace diez años y siempre se ve igual. Si es joven, no ha envejecido. Si es viejo, no se ha encanecido ni da muestras de tener la así llamada tercera edad.

Si alguien pretendiera insertarlo en la sociedad y convertirlo en ciudadano de una democracia, seguramente lo enfermaría, le haría perder su cabellera, su mirada limpia e intemporal, su manera de caminar. Quedaría lisiado por la democracia y la ciudadanía, símbolos que esconden la circulación del dinero, el gozo alimentado por el egoísmo, el cálculo disfrazado de solidaridad.

Cuando leía hace poco a un grupo de filósofos -en especial Alain Badiou y Daniel Bensaïd- invitados a pensar en la «democracia en suspenso», cuando se referían al fraude de la democracia convertida en formato político de un capitalismo que se consume a sí mismo, pensé en aquel hombre, lleno de vida, de su propia vida, sin espectáculos, sin el sonido del circo esta vez instalado en los medios, sin la angustia de no saber por qué se vive sin esperanza, sin futuro.

Pensé luego que quizás estaba cometiendo un exceso, una suerte de desmesura epistemológica. Pero esto me lo confirmaba la dificultad que los caraqueños han tenido para hilvanar su discurso sobre la democracia y la ciudadanía. Dificultad que luego vendría acompañada con la percepción de que esos conceptos habrían empezado a corroerse y mostrar su verdadero rostro en el seno mismo de la cultura que los vio nacer.

Volví a pensar en el hombre de la larga cabellera. Me llenó de paz y creo haber sentido el escepticismo en el que afortunadamente se refugió.

## *Referencias Bibliográficas*

- AA.VV. (2009). *La democracia en suspenso*, Madrid: Ediciones Casus Belli.
- Almandoz, Arturo. (2002). *Ensayos de cultura urbana*, Caracas: Fundarte.
- Capriles, Colette. (2004). *La revolución como espectáculo*, Caracas: Debate.
- Cortina, Alfredo. (2002). *La ciudad que se nos fue*. Caracas: Los libros de El Nacional
- García Canclini, Néstor. (2004). *Reabrir espacios públicos. Políticas culturales y ciudadanía*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés.
- Habermas, Jürgen. (1999). *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Madrid: Cátedra
- Hernández, Tulio. (2010), *Ciudad, espacio público y cultura urbana*, Caracas: Fundación para la cultura urbana.
- Hobbes, Tomas. (2006). *El Leviathan*. London: Toemmes.
- López Maya, Margarita. (2005). *Del viernes negro al referendo revocatorio*, Caracas: Alfadil.
- Moreno, Alejandro. (2008), *El aro y la trama. Episteme, modernidad y pueblo*. Florida: Convivium Press.
- Paz, Octavio. (1950). *El Laberinto de la soledad*. México: Cuadernos americanos.
- Picón Salas, Mariano. (1949). *Comprensión de Venezuela*, Caracas: Ministerio de Educación.
- Quijano, Aníbal. (2001). *Colonialidad del Poder, Globalización y Democracia* Caracas, Instituto de Estudios Internacionales Pedro Gual.

Seijas, Pedro Días. (2005). *Caracas la gentil. Biografía de una ciudad*. Caracas: Los libros de El Nacional.

Uslar Pietri, Arturo. (1949). *De a una a otra Venezuela*. Caracas: El Nacional.